

**III PREGÓN DE LOS ESTUDIANTES QUE DEDICA A LA
ARCHICOFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS
NAZARENO DE LA SANGRE, SANTO CRISTO VERDE
Y NUESTRA SEÑORA DE LA SANTA VERA CRUZ,
EN ANTEQUERA A 20 DE MARZO DE 1993,
EL PROFESOR RAFAEL R. CHENOLL ALFARO.**

Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías de Antequera.

Sres. Hermanos Mayores de las Hermandades antequeranas.

Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y hermanos de la Real Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Santa Vera Cruz, de este Real Monasterio de San Zoilo.

Cofrades de Antequera.

Señoras y señores.

No traen a este pregonero a tan ilustre tribuna ni la soberbia del sentirse capaz, ni siquiera el derecho de haber nacido en el hermoso entorno de esta ubérrima vega, pues, aunque, al igual que para vosotros, es para mí orgullo inquebrantable ser hijo de este bendito sur español que los romanos llamaron Bética y los árabes Al-Andalus, de esta tierra antigua, culta y olorosa, la Andalucía única y plural, tanto para la miseria y el hambre como para la gloria y la maravilla infinitas, la luz no la vi en estos ónfalos antequeranos, pues me la dieron Dios y mis padres junto al verdor del Odiel y el burdeos del Tinto, en el barrio onubense de la Vega larga, al pie de los quebrados cabezos de la Cinta y el Conquero, que tampoco es mala tierra, pues fue soñada Jardín del Paraíso por los antiguos griegos.

Sólo excusa mi presencia ante vosotros el cariño de esta Archicofradía, a cuyos hermanacos estudiantes, a la par que doy las gracias, pido ¡y la petición se hace extensiva a todos los que estáis constituidos hoy aquí en ilustre senado! benevolencia para este profesor cuya responsabilidad se torna más terrible, si cabe, por el precedente de tan ilustres pregoneros, Francisco Montero Galvache y Antonio Garrido Moraga.

Querido Antonio, hermano más que amigo, generoso presentador, como sólo tú sabes serlo, gracias por estas palabras en las que la hipérbole tiene la excusa del cariño mutuo.

Gracias en esta noche en la que el anhelo hace bullir la sangre en las venas como carbones ebrios por el aroma del incienso en el que ellos mismos alcanzan su sentido; el anhelo que se impronta en vuestros rostros, hombres y mujeres de la Vera Cruz.

¡ Dios va a salir a la calle ! ¡ Un año más vuestra Fe, que es la mía, va a requebrar en un vuelco de la primavera el aire de esta Noble, Leal, Invicta, Heroica y Mariana ciudad de Antequera ! Gracias de nuevo por permitidme pregonar tales inquietudes, tales gozos.

En María de la Vera Cruz cifra este humilde pregonero sus esperanzas para, en la frontera del plenilunio henchido de aromas, llevar a buen puerto esta singladura de fe y de oración, de cruces y palios, de nazarenos y hermanacos, de horquillas y pabilos encerados, de música y silencio, de flagelos antiguos y humildes franciscanos, de nobleza y de pueblo, de incienso y azahares, de negras túnicas y verdes bandas; en esta singladura de mi Madre que llora, y de Dios, de Dios, de Dios.....

El pregonero no desconoce este Real Sitio de San Zoilo ni la ciudad que lo alberga: Antequera... Anticaria, luz antigua en la equidistancia justa, simetría perfecta de dos jardines: Medina Zahara, perdido esplendor de los omeyas cordobeses, y Málaga marinera, aún Ciudad del Paraíso.

Anticaria, roca que, desde el vértice de las torres y el laberinto enrejado de los palacios, guardas en tus entrañas el corazón encandilado de quien, al paso hacia la Hispalis imperial o la gentil Granada, entorna los ojos para entretejer de tus espacios más íntimos un recuerdo fragante de terciopelo y umbría.

Anticaria, milenaria en tus dólmenes, hermosa en tus romanos efebos, que fuiste sol de tu centro al quebrantarse el refulgente espejo de la media luna.

Anticaria, capital de nobles de frontera, de nobles de ciencia y de gramática, de los que son nobles por el trabajo de sus manos, nobles por la dulzura de sus rimas.

¡ Antequera, te conozco y te canto !
¡ Antequera, para la penitencia te invoco !
¡ Antequera, para el supremo amor yo te reclamo !

Para un amor, hecho Semana Santa. Para un amor, vivido de tal forma que no ha tenido que cambiar sus expresiones con el paso de los siglos.

No sólo has permanecido fiel a tus Cristos y a tus Vírgenes, sino que también lo has sido a la estética en que se expresa tu fe.

¡Y ahí está la sal antigua de la tierra antequerana! ¡En la solera de tus sagradas insignias, Antequera! ¡ En la esquisitez recoleta de tus tronos! ¡En la filigrana infinita de tus palios!

¡Qué mérito excelso y soberbio quedarse en el justo rito de la esencia!

Pues siendo precioso el joyel y la piedra que engasta, ¡qué sabiduría dejar en el aposento del cofre aire para que saborearse pueda, sin apreturas, la magia del instante irrepitable!

Y entre tus hijos, Antequera, tus jóvenes, tus estudiantes, bendita simiente entre las simientes. Antequera, confía en tus jóvenes, confía en la savia nueva. Es a ella a la que le deben todas las ciudades viejas, el ser bellas por antiguas, el ser antiguas por gozar de juventud eterna.

De tus raíces salen los estudiantes, poniendo celo para avivar el fuego fedatario del amor a Cristo bajo estas bóvedas del Real Monasterio de San Zoilo. Tus estudiantes, Antequera, sumándose al esfuerzo de los que mantenían el culto interno de la institución, sabiendo sacar de nuevo a la calle una antiquísima cofradía penitencial, esta Real Archicofradía de la Sangre de Jesús, esta Archicofradía del Santo Cristo Verde, esta Archicofradía de la Santa Vera Cruz y Nuestra Señora.

Permitidme, por un momento, que cierre los ojos, que la oscuridad penetre en mí. Yo os invito a seguirme. Cerrad también vosotros los vuestros...

Imaginemos, por un instante, un viaje a un tiempo ya pasado... a una madrugada, entre Jueves y Viernes, de un año cualquiera al final del siglo XVII...

El mismo espacio bajo las mismas bóvedas. Las naves permanecen en tinieblas. No hay lugar en los ojos para las crucerías, para los retablos, para los altares. Silencio y oscuridad, tinieblas sobre tinieblas, negritud aterida a pesar de la luna que riela fuera del edificio.

Sólo, si dirigimos la mirada hacia los pies del templo, la oscuridad se quiebra en una luz tibia procedente de la capilla de la nave del evangelio más cercana a la puerta.

Un hombre, cuya senectud le ha impedido subir hasta la ermita, permanece inmóvil de rodillas ante el retablo ahora semivacío. Dentro de unas horas ayudará a los disciplinantes cuando pasen al lavatorio para enjugar las heridas de sus espaldas y de sus pies, ayudará al prioste con los enseres, vigilará a los hermanos de luz para que no ensucien el enlosado al apagar los hachones.

En su muda oración imagina el cortejo alcanzando el cerro del Infante:

Al frente, seis hermanos de luz escoltando un crucifijo, mientras que las voces del miserere estremecen el propio relente y la destemplanza de una trompeta humedece más si cabe la encarnada efigie del leño sagrado, signo heráldico sobre el paño negro del estandarte.

Detrás, las andas con Juan y la Magdalena que, desesperadamente dirigen sus miradas cuajadas de lágrimas a la Cruz exenta y vacía.

Luego, la visión de la espalda enjironada de Cristo, atado a la columna, se antoja al solitario orante más encendida de escarlatas que el dosel que vela la sagrada efigie, a cuyo rededor los disciplinantes descargan su letanía de azotes:

¡Miserere! ¡Miserere, Domine! ¡Miserere nobis! ¡Miserere mei!

Luces y azotes, cruces al hombro y tobillos encadenados. Nuestro Padre Jesús de la Sangre, oculta la factura de su talla por una veste morada, abraza, a la par que muestra, el Árbol de la Vida, la cruz aceptada. Y el eco de la oración, hecha quejidos, alcanza la púrpura del palio y los signos dorados de la pasión, bordados en él, devuelven la letanía:

¡ In hoc signo vinces !

El cielo se torna como la esmeralda para un pasmo de agonía y muerte: La efigie del Santo Cristo Verde, que trajera Fray Juan desde Granada.

Un rayo de dolor agujonea el costado del anciano que más que nunca se dobla sobre el propio regazo y suavemente reza con versos; 1! que toma prestados de aquel Miguel Ángel Buonarotti del que tuvo noticias en sus juveniles algarabías italianas con los tercios del Rey:

Cargado ¡estoy! de importuno y grave fardo,
querido Señor mío, desligado del mundo,
cual frágil leño cansado, vuelto a tí
de la procela horrible en calma dulce.

Las espinas y clavos de tus palmas
y tu benigno, humilde y piadoso rostro
prometen la gracia del arrepentimiento,
y esperanza de salvación al alma triste.

No miren con justicia tus santos ojos
mi pasado, ni tus oídos castos:
ni obre como tal tu brazo severo.

Sólo tu sangre lave y toque mis culpas,
y más abunde, puesto que soy más viejo,
en pronta ayuda y en perdón completo.

Por un momento el cuerpo del hombre queda como un ovillo de hilo sobre el suelo. Luego, en breve, el salado dulzor de los ojos vierte al labio y despierta del sueño: Nuestra Señora de la Vera Cruz, negra pena sobre negros velos, aún acierta a besarle las suyas a aquél que aturdido por las voces y golpes en las puertas, levanta y acude presuroso: la Hermandad de flagelantes de la Santa Vera Cruz y Sangre Preciosísima de Jesucristo vuelve a su templo.

La Real Archicofradía. sita en San Zoilo poco tiempo después de la fundación conventual por los observantes de la regla de San Francisco, procede de una fusión temprana, en 1543, de dos distintas, proahijadas por los mismos frailes: la hermandad de la Santa Vera Cruz y la Santa Hermandad de Flagelantes de la Preciosísima Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo.

Efectivamente, cuando los frailes de San Francisco obtienen del concejo antequerano, en 1500, por Real Cédula del Católico Rey D. Fernando, la cesión de setecientas varas de terreno para erigir el monasterio, traen consigo, junto al recuerdo de los santos lugares, el especial interés en una doble veneración: por un lado, la cruz; por otro, la sangre y llagas del Señor.

La veneración de la Santa Cruz tenía ya, en aquel albor del siglo XVI, más de un milenio de historia. Cuando, tras el Edicto de Milán en los inicios de la cuarta centuria, el emperador Constantino puso en los lábaros y estandartes de sus legiones bien el anagrama de Cristo, bien la cruz monogramática, según se interpreten las palabras de Lactancio:

"transversa X littera ¡! summo capite circumflexo",

Los seguidores del rabí galileo pronto se atrevieron a representar la efigie del patíbulo donde su maestro había muerto.

El que durante tres siglos había sido signo vetado como recuerdo del infamante suplicio, la cruz, se torna un símbolo de victoria, lábaro o trono, como la muestran los tempranos ejemplos del sarcófago de Domitila y la píxide de la Pasión.

A esta devoción contribuye la Inventio Crucis Salvatoris, según la cual la mismísima madre del Emperador, Helena, habría viajado a Jerusalén sin cejar hasta encontrar la verdadera cruz y los clavos de la pasión.

¡! Soneto LXXII ¡290!, de la edición de Luis Antonio de Villena, MIGUEL ÁNGEL BUONAROTTI, Sonetos Completos, 1987.

Cuando, hacia 1264, Jacopo de la Vorágine recoge en la *Legenda Áurea Sanctorum* dicha *Inventio*, el culto a la cruz y sus reliquias tienen ya una fuerte raigambre y ha sufrido en el caso de la representación de los crucificados una evolución notable.

Hasta el siglo XI Cristo en la cruz había sido un egregio monarca coronado, triunfante, pero luego se había humanizado: la corona de rey fue sustituida por la de espinas y los signos de dolor psíquico y físico mostraban ahora al Dios Hombre, abandonado por todos, sobre un madero que recuperó el aspecto de suplicio infamante.

Esta nueva iconografía del crucificado es sacada a las calles por las hermandades de la Santa Vera Cruz que se instituyen por toda Europa. En España los obispos de León, Palencia, Oviedo y Burgos potencian la primera a mediados del siglo XII, la de Santo Toribio de Liébana.

En las centurias siguientes las ciudades de los reinos de Castilla y Aragón ven proliferar estas instituciones que, al paso de la conquista castellana, avanzan por Andalucía, muchas de ellas de la mano de los frailecicos mendicantes,

Cuando en 1536 el Papa Paulo III concede a la Vera Cruz de Toledo un *vivae vocis* oráculo e indulgencias semejantes a las que reciben los fieles que visitaban las iglesias romanas el Viernes Santo, éstas se extienden a todas las homónimas españolas, cuya nómina contempla ya la presencia tanto de hermanos de Sangre como de hermanos de Luz, y la pertenencia de mujeres y hombres.

En aquel año de 1536 la Vera Cruz de Sevilla, muy relacionada con la de Toledo, tiene, como congregación, más de un siglo de existencia y, como cofradía, goza de reglas desde tantos años como el devenir de la decimosexta centuria llevaba transcurridos; algunos pocos más que la ciudad de Málaga, nacida al abrigo de San Luis el Real, recién fundado.

En Antequera, tras algún intento baldío, María Ruiz consigue, en el primer cuarto de siglo, por bula papal de León X, erigir en el ya mencionado Cerro del Infante la ermita bajo la advocación que nos ocupa.

Pronto surge, alrededor de ella, la hermandad del Santo Cristo de la Cruz. Las Ordenanzas Municipales de 1530 mencionan a la cofradía de la Vera Cruz, concediéndole el tercer puesto en las hermandades antequeranas, tras la de San Miguel fundada en 1525.

Junto a la cruz, la sangre. El culto a la sangre preciosa del Redentor, extendido por Europa, llega igualmente a España al iniciarse el siglo XVI. Los franciscanos que cuentan en su bagaje con las propias llagas del *fratriccelo* de Asís, participarán activamente en su difusión.

No es por ello de extrañar que la Santa Hermandad de Flagelantes de la Preciosa Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo, surgida en esta ciudad en tales fechas y fusionada a la de la Vera Cruz en septiembre de 1543, pida y obtenga dos meses más tarde de los frailes de San Zoilo permiso para labrar capilla propia en el templo.

La nueva hermandad, impulsada por nobleza y pueblo, modifica sus reglas, a la par que se erige la capilla, a la que, finalizando el siglo, se añade un lavatorio que terminará por tener puerta de salida propia al compás del convento.

La procesión de la madrugada que, por un momento hemos soñado, se haría hasta el

calvario del cerro y llevaría entonces en su cortejo una serie de andas con insignias, la mayoría perdidas hoy: la referida cruz desnuda con Magdalena y Juan; un Cristo atado a la columna y quizás una Virgen bajo la advocación de los Ángeles, tampoco conservada. Pero sí gozamos aún de la presencia de un nazareno que ya entonces hacía la estación penitencial: ¡Nuestro Padre Jesús de la Sangre!

¡Qué importa, Señor, quién te tallara!

¡Señor de la Sangre, qué importa si la imagen valiente de tu gesto aceptando la cruz llegó de la mano de los pinceles de Domenico Theotocopuli y de Sebastiano del Piombo!

¡Qué importa si nació la escena en los grabados de Van Leyden y que de ellos bebieran Luis de Vargas y el propio Pacheco!

¡Importa que toda Andalucía se llenó de Tí!

¡Nazareno de Ocampo de Carmona!

¡Nazareno de la Santa Cruz de Jerusalén, silencio sevillano!

¡Nazareno de la Corona!

¡Cristo de la Magdalena!

¡Cristo de la Santa Cruz de Écija!

¡Jesús de las Necesidades de Cabra!

¡Qué importa que quizás, Tú, Señor de la Sangre, lirio de Antequera, fueras el más antiguo!

¡Qué importa que reaparezcas en pleno siglo XX en el nazareno onubense de la Hermandad del Calvario!

¡Qué importa que hasta quien vaya al Canadá, pueda verte en Notre Dame de Montreal así representado!

¡No quiere el pregonero hablar de ello, sino del gesto de tu abrazo, Señor de la Sangre, tu abrazo a la cruz, árbol humano en fusión con el árbol, madera abrazando madera, árbol divino cargado de árboles humanos!

Jesús ha aceptado la cruz, la ha besado. Mira al frente y, aunque su debilidad debe ser mucha por el quebranto de la noche en vela, los azotes, los ultrajes y la certidumbre de una muerte atroz, inicia la vía dolorosa con su pie izquierdo.

Este momento de inestabilidad en el alma, en el cuerpo, fragilidad y firmeza unidos indisolublemente, es el que representa la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre.

Dice el evangelista que Pilatos, después de azotar a Jesús y aunque no encontraba en el delito alguno, se lavó las manos:

"¡Inocente soy de la sangre de este justo! ¡Vosotros veréis!", y mandó azotarle y finalmente le crucificó.

Y cuando se lavó las manos, el populacho, incitado por los sanedritas, gritaba desaforadamente:

"¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!"

Jesús acepta su cruz, acepta la cruz del que pretende con el ritual del agua, aliviarse de

su cobardía.

Jesús acepta la cruz de los que sobre sí aceptan la sangre justa y preciosa; de los que colectivamente se hacen homicidas y deicidas.

Jesús acepta la cruz de todos ellos, de todos los que, sin duda uno a uno, no hubiesen sido capaces de aguantarle la mirada.

¡Cuántos de ellos, en cada uno de nosotros! ¡Cuántas veces le decimos cada día!:

¡Toma la cruz, que yo no tengo tiempo!
¡Toma la cruz que acudo a mi negocio!
¡Toma la cruz, disfrute yo mis goces!
¡La vida es un suspiro! ¡No me roces
con la sed y el hambre de mi hermano!
¡Ni con penas o muerte! ¡Sólo alagos,
lujos y riqueza llamen a mi puerta!
¡Toma, pues, tú la cruz si es tu destino!
¡Deja que yo me labre el propio sino!

¡Y aceptaste, Jesús, la cruz...! ¡Como Verbo de Dios, Señor, la aceptaste en el mismo instante en que el hombre mostró su soberbia en el Paraíso, gritando: ¡Seamos como dioses!

¡Y ahora, Jesús Nazareno de la Sangre, como Dios hecho hombre, la aceptas! ¡La aceptas como hermano nuestro!

Has llegado a sudar sangre y agua en la agonía de Getsemaní. Has dejado prenderte. Se te han echado encima atándote, dándote bofetadas y han babeado tu rostro de pulcro marfil a salivazos.

Te han llevado de aquí para allá entre empellones como a un perro rabioso, han parodiado un juicio y te han vestido como si fueras un rey carnavalesco.

Han preferido amnistiar antes que a Tí, cuyo delito era predicar el amor..., han preferido liberar en tu lugar a un predicador de la muerte, a un activista de la violencia.

El verdugo te ha flagelado hasta el límite de sus fuerzas.

Han incrustado en tus sienes una corona de espinos lacerantes...

Y, ahora, te han condenado...

Y Tú, bendito Señor de la Sangre, te abrazas al patíbulo de la cruz y la muestras con los ojos serenos, abiertos para abarcar con tu mirada de perdón y misericordia a todos y a cada uno de nosotros.

Y yo, Señor, como uno más de tus estudiantes, estudiante de tu misterio infinito, alumno acongojado de la eterna misericordia de tu gesto...

Yo, Señor, entre estos muros que los frailes seráficos y todo el pueblo de esta ciudad antigua levantaron para tu gloria...

Yo, Señor, ante la cruz que portas como lábaro de la fe, ante la cruz en la que han de enclavarte y de la que vas a hacer trono de Divina Majestad y Justicia...

Yo, Señor, ante tu Sangre que es el Amor y la Caridad más infinita, de hinojos me postro, Señor, y te suplico:

¡Kirie, eleison! ¡Krisite, eleison!

¡Señor, ten piedad! ¡Cristo, ten piedad!

Quiero querer, Señor, lo que no quiero:
entre fuego y corazón existe un velo helado
que anula el fuego, por lo que no corresponde
pluma y obra, y es mentiroso el folio.

Te amo con la lengua y me duelo después
de que tu amor no alcance al corazón. No sé dónde
abrir el postigo a la gracia que al corazón
se infunde, para que expulse tan despiadado orgullo.

¡Rasga el velo,tú, Señor, rompe ese muro
que con su dureza me retarda
el sol de tu luz, apagada en el mundo!

Manda la anunciada luz que prometiste,
a esta tu bella esposa, para que me arda
el corazón sin duda alguna, y sólo a tí te note. ¡1!

Verde es el color de la esperanza. Esperanza en su Sangre. Esperanza en su cruz. Por
ello es el verde la divisa de la Vera Cruz.

¡Por eso, nazarenos de los Estudiantes, sobre vuestras negras túnicas, es verde el
fajín!

¡Por eso, vuestra beca y vuestra banda son verdes, hermanacos de la Sangre! ¡Por
eso, en esta Archicofradía, Cristo es Verde! ¡Cristo Verde, lirio de nuestra redención!

La frente hundida, la mirada inerte,
un paño leve por sudario,
está dormido mi Dios en el Calvario
por la guadaña fiera de la muerte.

Fray Juan, Santo Cristo, fue por tí a Granada. Al convento Casa-Grande de San
Francisco en 1631. No fue tu talla concebida para la procesión, ni siquiera para un culto
devocional directo. Dicen los que entienden de estas cosas que Jerónimo Quijano te
talló para lo más alto de un retablo.

Pero, Señor, yo creo que tu designio, a veces tan oscuro para los hombres, estaba de
antemano prefijado.

Fuiste tallado en el mismo año que aquí en Antequera se fusionaban la Vera Cruz y la
Sangre, el mismo año en que pidieron cobijo en estos mismos muros ambas
hermandades.

Y te tallaron sobre ciprés y te dieron tonos verdosos de encarnación cadavérica. Verde
"sinople", verde esperanza, verde de la Vera Cruz.

¡2! SONETO XXXI¡87!, de la edición de Luis Antonio de Villena, MIGUEL ANGEL
BUONAROTTI, Sonetos Completos. Madrid 1987.

¡Qué trazo más firme el de tu voluntad y cuán torcidos los renglones que conducen a ella!

Cuando llegas a Antequera, Santo Cristo Verde, te ubican a los pies de la capilla de la Archicofradía de la Sangre y se crea bajo tu advocación una nueva hermandad.

Pero el destino estaba escrito en el designio de Dios: en 1641 la nueva hermandad se fusiona con la anteriores y, si los que entienden de estas cosas no yerran, dos años más tarde, justo cuando se cumplía un siglo de tu talla, Señor, la Archicofradía aprobó nuevas Reglas.

Cristo Verde, cuando aún Señor de la Sangre, vas con tu cruz en los brazos, las mujeres de Jerusalén, ante tu paso, lloran por ti. Y, Tú, te vuelves a ellas y les dices:

" Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! Entonces se pondrán a decir a los montes: Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡ Cubridnos! Porque si del leño verde hacen esto, en el seco ¡qué se hará?".

¡Leño verde, Cristo Verde, Árbol perenne en la Cruz! ¡Fruto y Fuente de Vida en los cinco caños encendidos del rosa-flor de tus llagas, vences a la muerte en la paradoja de su aceptación!

Gesto de Caridad que abunda en nuestra fe! ¡Gesto de Caridad suprema que abre para nosotros, peregrinos en esta tribulación de la vida terrena, sendas de Esperanza!
¡Gesto de Caridad!

La Caridad, la Caridad, la Caridad...
Tus llagas otra vez, Señor, al mundo muestra,
y tu corona de espinas, y tu diestra
horadada por el clavo de impiedad.

Dinos de nuevo aquella palabra que nos hace
llorar... y nos derrite en el pecho,
y nos da paz, amor y olvido. Y satisface
como el correr seguro del río por su lecho.

Y que un pasaje matinal y que una buena
esperanza nos den la alegría piadosa,
y que sea el amor de Dios nuestra verdad.

Que seamos buenos para librarnos de la pena.
Y que nunca olvidemos esta única cosa:
¡La Caridad, la Caridad, la Caridad...! ¡3!

El pregonero desde siempre sueña con la madre, madre de la Vera Cruz.

Cuando yo me muera
que mis hijos me besen en la boca,
mar lacerado de tormentas,
Cuando yo me muera...
así mi Madre sonreirá con mi regreso.

¡3! Kirie eleison, de M. Machado.

Mi Madre... nuestra Madre y Señora de la Vera Cruz. Tu Madre, Cristo Verde... Tu Madre, Jesús de la Sangre.

Si tu imagen, Señora de la Vera Cruz, fue la última en incorporarse a esta querida Archicofradía, no por ello habías dejado de estar presente en su seno. siempre habías estado porque la madre siempre se anida en el corazón de los hombres.

No podía ser de otra manera: Dios estaba contigo y tú estabas en su divino pensamiento cuando el Espíritu se cernía sobre el mundo aún no creado.

¡Madre de la Vera Cruz, lejos queda Belén y pronta la agonía!

Desde muy pronto guardabas en tu alma la agonía profetizada por el viejo Simeón... Siempre atenta a lo que el niño hiciese. Temiendo, al verle crecer, que un día dijera de nuevo: "He de atender las cosas de mi Padre"...

Y, luego, Caná.

Y después el silencio y el esperar intranquilo de cualquier llamada a tu puerta nazarena y del anuncio no menos terrible por esperado. Siempre estabas presente, aunque estuvieras lejos.

Y cuando en las vísperas de aquella Pascua decidiste acompañarlo discretamente, llevabas la agonía en ti más que nunca.

Luego te anunciaron la catástrofe y saliste a la calle, sin saber de dónde salían tus fuerzas. Tú sabías que la hora había llegado; que la consumación de la voluntad de Dios a la que diste consentimiento, iba a cumplirse.

A duras penas pudiste reconocerlo entre la muchedumbre. Una cruz... y otra... y otra... y tu mirada y la suya se cruzaron levemente.

¡Sí! Tú, María, la joven virgen, hija de Joaquín y Ana, habías dicho ¡Sí!

¡La casta desposada dijo: Sí! ¡Y fuiste, María, custodia entre las custodias!

¡Sí! Dijiste que ¡Sí! ¡Y las manos que habían permanecido cerradas sobre el regazo virginal, se abrieron para recibir, junto al amor, el dolor; para derramar junto a la obediencia a la misericordia!

¡Desde el anuncio del ángel, Señora, habías aceptado la espada, te habías abrazado a la cruz! ¡¡Sí!! ¡Sí! Sí.

En sístole se hará el dolor agudo
cuando caiga la tarde y las candelas
se arracimen para verter tibios reflejos
en la suave azucena de tu imagen.
Se ayuntarán el martillo y la campana
y tus hermanacos te alzarán en suave paso
y el ¡hágase tu voluntad!
fluirá en un limpio susurro de tus labios.
Y echarás a andar tan lentamente,
recogida en tan íntima agonía,
que no acertarás a escuchar nuestros silencios
derramándose del dintel de la puerta
hasta la plaza,
otrora bulliciosa
por el trasiego de gente y mercaderes;
tan en tí misma habrás de ir
que no oirás la voz de las pupilas
por el laberinto de las callejas,
en la angostura enrejada de los balcones;

y tus ojos, huyendo
del puñal erguido de la espadaña,
arrullarán tan sólo
en el dulce abandono de tus manos,
en las sienes plateadas
bajo la toca negra de la viudez temprana,
el verbo sencillo y amargo del sacerdote:
¡María, sangrará tu corazón por una espada!
¡Tú ya lo sabes!
Inclinas la cabeza
como la flor quebrada por la lluvia.
¡Un lunes más! ¡Señor, yo soy tu esclava!

No quiere el pregonero entrar en la decadencia que sufrió la Hermandad, como la sufrieron otras durante algunos siglos. Desidia, avatares políticos...

Cuando, tras su reactivación a partir de 1959, la Archicofradía vuelve a salir a la calle con sus tres sagradas insignias, se ve obligada a realizar su recorrido penitencial en día distinto al tradicional, madrugada del Jueves al Viernes Santo. Salvo alguna rara excepción, saldrá la tarde noche del lunes Santo.

Año señalado para la Archicofradía fue el de 1986 cuando la familia Muñoz Rojas puso a disposición de la institución un rico patrimonio que se creía perdido y que sólo había quedado celosamente guardado por aquellos antequeranos en espera de mejores tiempos.

Así llegamos al brillante momento del que goza hoy, no sin gran esfuerzo de los jóvenes hermanos, la Archicofradía. Llegamos a una efemérides singular. Cumple esta venerable corporación en este año de 1993, el cuatrocientos cincuenta aniversario de la fusión de las dos cofradías primitivas, la de la Vera Cruz y la de la Sangre, pero también se cumplen los mismos años desde que aquel Jerónimo Quijano tallase la imagen del Santo Cristo Verde.

Tenéis, pues, estudiantes, tenemos todos, motivos para el regocijo. ¡Alegrémonos!
¡Gaudeamus, gaudeamus igitur!

¡Y en ese gesto de alegría cerremos los ojos y hagamos cuenta que ya es Lunes Santo!. ¡Mostremos fervorosamente nuestras sagradas imágenes a la ciudad! ¡Que el coso de San Francisco tiemble en sus viejas raíces!

¡Un lunes más la Vera Cruz sale a tus calles, Antequera, para fundirse contigo en el abrazo fraterno en torno a Cristo!

¡Un lunes más, Señora de la Vera Cruz serás Consuelo y Esperanza!

¡Un lunes más Piedad y mayor Dolor!

¡Un lunes más, Dolores y Consuelo!

¡Paz y socorro! ¡Soledad y Quinta Angustia!

¡Señora de la Vera Cruz, un lunes más, reina de arriba y de abajo!

¡Un lunes más, Señora, serás la reina de Antequera!

Y cuando el leve ritmo de las horquillas de tus hermanacos, hiera en su paso la calle Encarnación, los muros del palacio de Nájera y la torre del Museo suplicarán que los archicofrades hagan un alto en el camino:

¡Paradla y mecedla luego!
¡Por el vero relicario!
La Señora va llorando,
va camino del Calvario.
¡Mecedla, pues, con más mimo
que no pase tal quinario!
¡Que la abrigue el manto nuevo!
¡Que la proteja su palio,
bordado como se bordan
las nubes del cielo claro!
¡Que Constantino y Helena,
Francisco de Asís y Heraclio,
cuatro esquinas en tu cielo
y un escudo nobiliario,
Madre del Amor hermoso,
Madre del Vero Lignario,
por plaza del coso viejo
te desgranen un rosario!
¡Paradla y mecedla luego!
¡Por el vero relicario!

Y el Cristo Verde, entre cuatro hachones por la calle del infante conquistador, rey y señor de la esperanza, vertida en suspiros y lágrimas, deja atrás la agonía muda de las campanas de San Sebastián y San Agustín.

¡Madre de los Remedios, patrona de Antequera, la Salud del Mundo, el Santo Cristo Verde, en la barca solar que es su trono, se asoma a tu puerta! ¡Aquí está tu Hijo muerto para ser fecundo por su misericordia y tu amparo!

¡Más que nunca en esta noche de Lunes santo, saldrá el sol por Antequera!

¡Y Tú, Señor de la Sangre. señor, detén tu camino y reposa el cayado de tu cruz porque esta es la casa de Juan! ¡De Juan el librero! ¡De aquél que, ante tanta miseria, enloqueció de misericordia y se hizo cirineo de los pobres y de los tiñosos, samaritano de los leprosos y los enfermos! ¡Bendice, Señor de la Sangre! ¡Bendice a los hijos de Juan de Dios!

En la hora difícil del regreso, por Cantareros y Diego Ponce, Estudiantes de la Vera Cruz, las casas solariegas de los Ramírez, del conde de Colchado, del alarife Burgueño, os verán pasar con el ánimo puesto en la frescura de los árboles del Coso de San Francisco.

Y el Coso y la plazuela de San Zoilo estarán hasta la bandera para mostrar, en la algarabía del breve encuentro de la Madre y el hijo en su doble insignia, la fe y la esperanza de un pueblo entero:

¡Señor de la Sangre, in hoc signo vincis!
¡Santo Cristo Verde, veritas et vita aeterna!
¡Madre de la Vera Cruz, advocata nostra!

Y en la ribera del compás, San Zoilo os dará con todos un ¡hasta el año que viene!
entre lágrimas a duras penas contenidas y la dulzura del escalofrío, que alguien
achacará al relente.

Ya habéis vuelto. un año más la satisfacción puede más que el cansancio en vuestros
rostros. El pregonero cuando ya el barco de su corazón se prepara lanzar un cabo al
noray del puerto de la despedida, quiere aún permanecer un instante con vosotros...;
quiere observar vuestros gestos en medio del bullir de las túnicas nazarenas..., de las
horquillas que se van recogiendo..., en medio de los penúltimos aromas de las flores y
el incienso, de la cera casi consumida...

El pregonero quiere adivinar una plegaria íntima en cada uno de vosotros. y sumarse a
ella dando gracias por la gracia recibida y el perdón esperado:

Padre Nuestro de la Sangre,
de San Zoilo y Antikaria,
santificado tu Nombre,
venga el tu Reino y se haga
tu Voluntad en la tierra
y en el cielo de las almas.
Danos tu pan, Cristo Verde,
verde como la esperanza.
Danos tu cuerpo y tu sangre
por la Vera Cruz que abrazas.
Y perdona tanta ofensa,
la saliva y la puñada,
las espinas de las sienes,
los azotes de tu espalda.
Perdona la cruz infame,
exculpa clavos y lanza,
que escarnian tan bello cuerpo,
Pulcro Cordero de pascua,
pues nosotros perdonamos
al que ofende nuestra causa.
No permitas tentación
del ángel que oscuro aguarda.
Líbranos de tantos males,
mira que la noche es larga.
Ayúdanos, Tú, Señora,
azucena inmaculada.
madre del Amor amado,
cobija la paz en mi alma
bajo tu manto de mieles
o en tu mano entrelazada.
Torre de David herida,
Arca de toda Alianza,
ruega por nos, pecadores,
pues que tu voz es tan alta.
¡Por el digno del madero,
tu Vera Cruz franciscana!

He dicho.